

Las semillas de lo bueno

Roy Berocay

loqueleg

Era un pueblo como tantos otros, allá, perdido en medio de un océano de pasto.

7

Tenía una carretera que lo partía al medio, un grupo de casas con techos de paja o chapa, una escuela, un destacamento policial y un almacén.

Ese pueblo, que estaba ubicado a unos cuarenta kilómetros del lugar en donde el diablo perdió el poncho y más o menos a quince de una famosa loma de muy mal olor, era también un lugar muy pobre. Pero no pobre así nomás, sino ultra, recontra, mega pobre.

El lugar, en el que vivían apenas unos pocos cientos de personas, se llamaba Piumorfe, en honor a su fundador, Giuseppe Piumorfe, un inmigrante italiano que un día se había instalado allí soñando con un gran negocio, que nunca dio resultado.

El viejo Piumorfe, un tipo emprendedor pero medio corto de vista para las finanzas y demás, había querido fundar una industria para la fabricación de artículos de piel de cocodrilo. Fantaseaba con hacer carteras, zapatos, billeteras y hasta muebles de piel de cocodrilo para exportar a Europa. Pero sabía muy poco de geografía y había olvidado un pequeño detalle: el lugar carecía por completo de cocodrilos.

Después de recorrer el campo y llegar a la terrible conclusión de que no había reptiles verdes en la zona, igual decidió quedarse a vivir ahí.

Y allí prosperó.

Compró primero un pedazo de campo y algunas vacas.

Después compró más campo y más vacas.

Y un buen día, después de tanto trabajar y trabajar, ganó la lotería de fin de año y se volvió millonario.

Entonces compró más campo.

Compró más vacas.

Y más campo y más vacas.

Pero llegó un momento en que se dio cuenta de que le resultaba un poco difícil cuidar de todas esas hectáreas de pasto y como de cien mil vacas, él solo.

Entonces viajó a la gran ciudad, se casó y tuvo un hijo. Y para cuidar de las vacas trajo trabajadores, y les hizo edificar ranchos, para que vivieran en ellos. Así, con el paso del tiempo, el pueblo terminó por levantarse como una isla en aquella verde inmensidad.

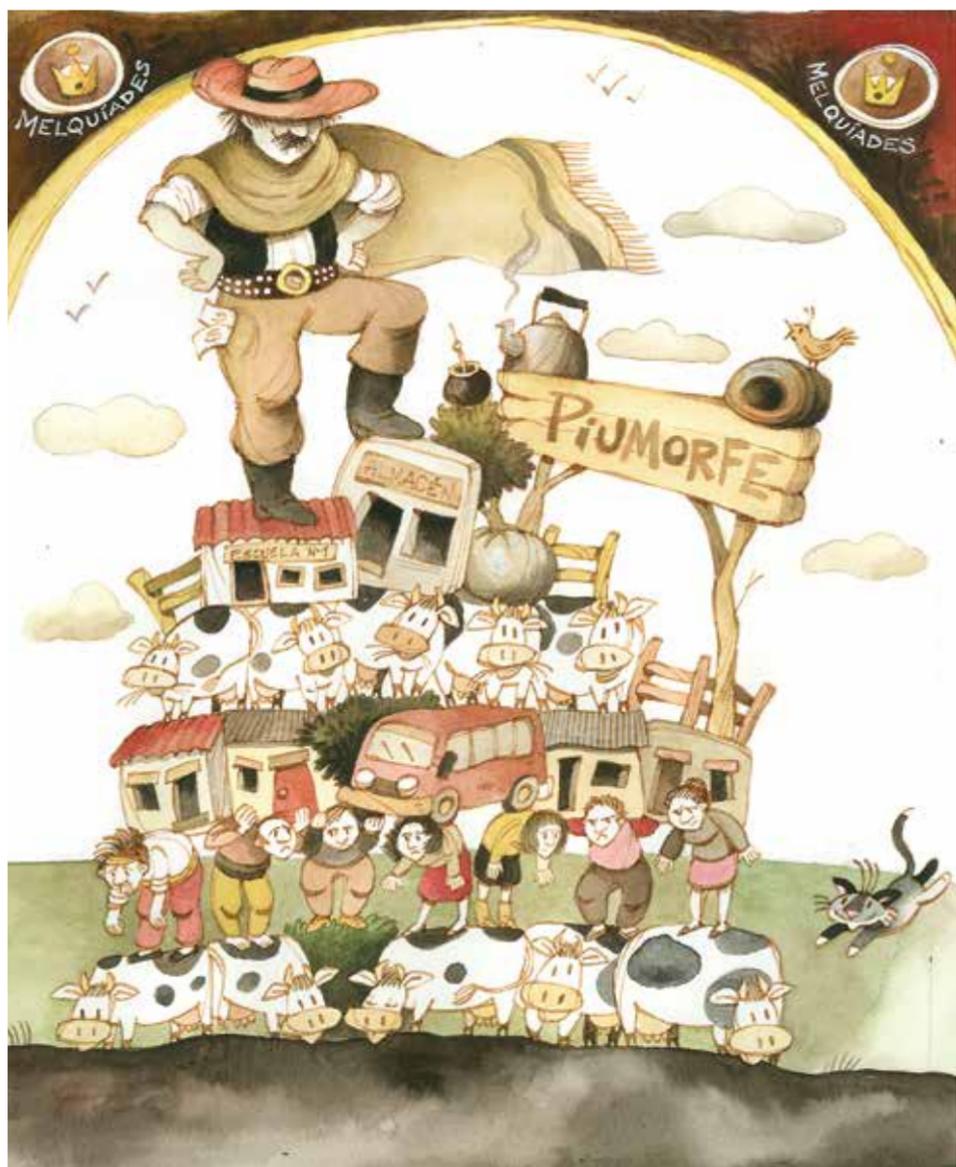
El viejo Piumorfe había sido bastante generoso con aquellos primeros pobladores. Pero cuando falleció, su hijo Melquíades se convirtió en el dueño de todas las tierras.

9

Melquíades Piumorfe era diferente de su padre. Para empezar, era muy rápido en los negocios. Y también era muy ambicioso. Lo que más le gustaba en el mundo era el dinero. Pensaba todo el tiempo en el dinero, y cuando no estaba pensando en dinero, pensaba en cómo ganarlo. Incluso a veces soñaba que estaba envuelto en billetes y se despertaba por la mañana con la almohada toda babeada.

Algunos decían que era malísimo, algo así como el ogro de los cuentos infantiles. Y quienes decían eso decían también que si un día Melquíades se levantaba contento, seguro que iba y se pegaba un martillazo en el dedo gordo del pie.

Melquíades tenía también una esposa, que rara vez se asomaba por las calles del pueblo, y una hija



a la que, a pesar de ser tan malo y codicioso, quería mucho. Porque bueno, a veces la gente es así.

Y tenía también un secreto, un secreto que nadie conocía. Lo que es obvio, ya que si todos conocieran el secreto, dejaría de serlo, ¿no?

El asunto es que Melquíades era dueño de todo. Dueño de las casas, del campo, las vacas, de las calles y también del único almacén. Y como casi todos trabajaban para él, cuidando de sus vacas, también creía que la gente le pertenecía.

11

Un día, pensando, como de costumbre, en encontrar alguna manera para ganar más dinero, tuvo la que para él era una gran idea. Empezó a pagarle menos a los trabajadores y a cobrarles cada vez más, tanto por la comida que vendía en el almacén como por el alquiler de aquellas casas pobres.

Así, el sueño del viejo Piumorfe de construir un lugar pujante y laborioso terminó por convertirse y convertirlo, en realidad, en un lugar de gente triste, en uno de los pueblos más pobres del país.

Un pueblo tan pobre que, a veces, en algunas casas, en vez de comida repartían fotocopias de un churrasco.

No hace falta aclarar que Melquíades también era dueño de la única fotocopiadora.

Ahora bien, cualquier lector con una inteligencia levemente superior a la de una lombriz se preguntaría: ¿por qué la gente no agarraba y se iba de allí? ¿Por qué no se mandaban a mudar? ¿Por qué no se las tomaban?

12 Ya se dijo que el lugar quedaba más lejos de donde el diablo perdió el poncho. Lo que no se dijo es que el único ómnibus del pueblo, viejo y destaralado, también era propiedad de adivinen quién. Y el costo del pasaje era tan caro que nadie lo podía pagar.

Pero bueno, todo esto fue nada más que una introducción para explicar la existencia de ese pueblo, perdido allá en algún departamento del país. Sería inútil tratar de encontrarlo en algún mapa. Seguro que no lo encontrarían.

¿Y para qué se les contó todo esto?

Bueno, en realidad van a tener que descubrirlo, a ver si son tan astutos como parecen.